BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA
www.cervantesvirtual.com

Mo Toufali

La noche del adiós

Edición impresa

Mohamed Toufali, *La noche del adiós* (2007)

En

Mohamed Toufali (2007) *Escritores rifeños contemporáneos. Antología de Narraciones y Relatos de Escritores del Rif. s.l.*: Editorial Lulu (pp. 85-90).

Edición digital

Mohamed Toufali, *La noche del adiós* (2011)
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Abril de 2011

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

La noche del adiós
Mo Toufali

Se asomó una vez más a la carretera fría y húmeda para buscar no sabe qué. Era pasada la una de la madrugada. La noche aparecía tan larga que las horas se volvían de piedra y caían sobre su pecho para dejarle sólo unos soplos de aire para respirar. La plaza de Washington Square estaba algo en calma y se oían sólo unos pocos coches que pasaban rápidamente sin dejar rastro en los charcos de agua. Y la oscuridad prevalecía a pesar de las luces blancas de las viejas farolas que se reflejaban en la calle para crear una imagen de un lago que cubría toda la plaza. Los estudiantes de la New York University que inundaban la plaza durante el día ya no se dejaban ver tanto a esa hora. «Probablemente estarán estudiando en sus apartamentos», pensaba en alto. ¡Cuántos recuerdos le trae esa plaza!

Cuando llegó a Nueva York, recordaba, sólo tenía un montón de ilusiones y la satisfacción de estar cerca de Broadway y Washington Square.

—¡Ah, Brodway! —pensaba con una sonrisa nostálgica—. Lleno de teatros donde las grandes obras de Gershwin, O'Neill, Berlin, se habían representado incluso en tiempos de guerra… Y ¿qué es Nueva York sin el Washington Square? Esta plaza era un espacio cultural que generó a una gama de artistas y poetas jóvenes como Kerouac, Allen Ginsberg y los cantautores Bob Dylan, Phil Ochs, Joan Baez, influenciados por otros grandes de la música popular como Woody Guthry y Pete Seeger, que aún reside a las orillas del río Hudson.

Siempre le gustaba recordar cómo en uno de esos conciertos cerca del Hudson charló un rato con Pete Seeger, y se sorprendió al oír a este clásico del folksong americano decir que había conocido Andalucía y el Rif, y que le gustaría mucho vivir en Tánger. Aquel día jamás lo olvidaría.

El apartamento que alquiló cerca de la plaza Washington Square tenía sólo una gran ventana vieja de grandes dimensiones, por la que podía contemplar varias calles desde el tercer piso. Era un apartamento con un techo alto y una vieja chimenea de nogal donde de vez en cuando alumbraba un fuego para calentarse, con un vino tinto de allende del mar. Él solía quejarse de que el alquiler era caro, sin embargo, no quería cambiar de apartamento ni mudarse a otro más barato… Le era perfecto por ser céntrico y estar cerca de todos esos teatros. En uno de ellos, tuvo la suerte un día de ser elegido para participar en una obra teatral. El teatro era todo lo que quería hacer. No obstante, eran pocas las oportunidades que le llegaban para actuar. Y aún así, prefirió continuar con la esperanza de que algún día le llegara un papel importante, y poder demostrar a todos su gran capacidad y estilo de actuar.

Cuando dejó su pueblo para emigrar a Nueva York, era con la intención y el objetivo de poder triunfar en el mundo del *«show business»* —como dicen por aquí—, y estar cerca de Broadway… ¡Qué lejos estaba de la realidad!

Aquella noche era muy especial para él, por eso no podía dormir. De la ventana a la televisión, luego al equipo estéreo de música, y después a la cocina para luego empezar de nuevo el círculo. En la pared tenía colgado un viejo reloj de cuerda que intentaba ignorar. No le interesaba saber la hora… Él sabía muy bien que al amanecer tenía que estar en el aeropuerto para tomar el avión que le llevaría otra vez a su pueblo. No quería echarse en la cama para cerrar los ojos y descansar un par de horas.

En la televisión, que apenas miraba, se proyectaba un viejo programa-comedia de Jackie Gleason: *The Honeymooners*. En ese canal solían proyectar después de la medianoche viejos *sketches* de los años cincuenta y sesenta, como el de Bonanza, Daniel Boone y otras comedias de Broadway, como las de O'Neill. Se sentó en el sofá con sus ojos clavados en la pequeña pantalla sin poder ver nada en realidad. Su mente vagaba por otros tiempos y lugares: el pueblo, su enfermo padre, las clases de teatro y drama, y el sueño de triunfar. Y se preguntaba una y otra vez:

—¿Cómo volver al pueblo con las manos vacías?

Eran los sentimientos de un hombre que pensaba que había fracasado. Y el retorno al pueblo sólo le crearía angustias que no podía enfrentar. Tantos años en el centro de esa gran ciudad con una vida en bandoleras y con cien intentos de triunfar en ese estrecho de Broadway.

Y ahora, en esa noche larga, mirando profundamente en sus pliegues tan oscuros, sólo podía ver silencios y negruras. No había compasión para él. Él lo comprendía todo. El *show business* era tan cruel como aquella noche sin compasión.

—Por la mañana te hacen un dios y por la noche te derrotan como un ladrón —pensaba sonriendo sin nada importarle.

—Qué más da ahora —seguía pensando—, creo que se bajó el telón perfectamente para mí. Se ha acabado la actuación. ¡Ahora empezaré otra función! Esta vez será mi gran única función… La función de vivir la vida por mí mismo, sin tener que recitarla en palabras de ningún carácter teatral.

¡Pero no es fácil cambiar la vida de uno de un tirón, en una noche! Los cambios son generalmente lentos, avanzando como una tortuga… Y si hay caídas, se intenta levantar, sacudir el polvo y, con la cabeza erguida, de nuevo continuar. Sin embargo, en la vida de cada persona llega un momento en que se debe tomar una gran decisión radical. Las cosas entonces sólo se pueden ver en blanco o negro. En su vida también había llegado ese momento de elegir otro camino. Era como cerrar un libro —aún no leído completamente— y abrir otro que parece más interesante.

Los actores para él eran personas especiales con una capacidad inmensa de cambiar caracteres y ser lo que no son. Nunca ha podido entender por qué, a pesar de esto, tantas personas pretenden vivir ese constante cambio de carácter y personalidad. «¿Es por la riqueza, por la fama o por ambos a la vez?», se preguntaba.

El teatro, para él, era como una psicoterapia. Una experiencia para curar sus males y dolores que le sometían a una vida sin excitación. Y como todas las psicoterapias, cuando uno está ya curado, las suelen parar. Al entender y ver que el teatro era un mundo lleno de falsedades, decidió entonces escapar. Sin embargo, dejarlo todo no era tan fácil. Tantos años sumergido en ese mundo que, aunque

con actuaciones de poca importancia, pudo saborear el clamor del público y estar bajo esas luces inmensas que a veces le cegaban los ojos.

Todo lo tenía decidido ya el día anterior. No había consultado con nadie, incluso con su mejor amigo que vivía en el piso de abajo y con el que ha compartido sentimientos y frustraciones. Era una decisión que él solo tenía que tomar. Las consecuencias no importaban. Quería seguir a sus íntimos sentimientos y al deseo de ser no más que su propia personalidad. Ya sea buena o mala.

Cuando dejó su pueblo siendo más joven, lo hizo con alegría. Ahora también, aunque más viejo y cansado, no puede esconder la felicidad de dejar atrás su vida de actor en esa ciudad.

A él le gustaba decir que todo tenía un poco de ambivalencia. Todo dependía del grado de cada combinación. Y en aquella noche, aunque algo triste y nervioso, la alegría superaba e inundaba su alma.

Eran casi las tres de la madrugada. Sólo le faltaba cerrar unas cajas y una maleta que preparaba para llevar en el viaje. No había mucho que empaquetar en ese modesto apartamento. El día anterior había quedado con la organización Salvation Army para que se encargasen de llevarse todos los trastos del piso. Y la llave del apartamento sólo la debía entregar al portero cuando se dispusiera a tomar el taxi hacia el aeropuerto.

El reloj de la pared ahora indicaba que eran las seis y media de la mañana. Él sabía que el tiempo había llegado por la tímida luz del día de esa mañana muy fría. Llamó por teléfono a un taxi y quedó con él para recogerle a las siete.

En medio del viejo apartamento se podía sentir una tristeza, aunque él no lo reconocía. Disponiéndose a salir, y con su medio cuerpo atravesando la puerta, se paró un momento para mirar a su alrededor. Y soltando media sonrisa, se agachó para levantar esa maleta pesada y dirigirse al ascensor. Bajó poco a poco el bulto y las dos maletas que llevaba al portal. Luego se dirigió a la puerta del portero, y al verle éste, salió para recibirle:

—Buenos días, señor, aquí tiene la llave del apartamento y aquí le dejo la dirección donde residiré. Le agradecería mucho si me pudiera contactar o enviar el correo que llegue —le dijo muy seriamente.

El taxi le esperaba afuera. Cargó su equipaje y subió en ese Chevrolet especial, pensando que esa iba a ser la última vez que tomase un taxi en Manhattan.

La isla a esa hora ya empezaba a moverse con camiones, autobuses y trenes que empezaban a llegar. Y la gente, como siempre, aceleraba a su trabajo. Corrían, sin saberlo, a su prisión y a su tumba. Él, sin embargo, en la dirección contraria, partía hacia su libertad. La libertad escrita en mil papeles y pronunciada en mil idiomas. No más sonrisas forzosas y actrices con un falso pelo rubio. No más explicaciones a los productores que sólo les importaba el dinero. No más contacto con esos actores mimados que sólo piensan en mirarse en el espejo… No más a esa vida sola y triste de un actor que sólo piensa en sí mismo.

En el aeropuerto de Kennedy facturó su equipaje y se preparó para subir al avión. Después de los controles policiales y de pasaje, se acomodó en su asiento y soltó un largo suspiro. Miró por la ventanilla, volvió a ver sólo el aeropuerto: J. F. Kennedy International.

Todo parecía progresar en buenas condiciones. ¡Todo iba bien...! El avión toma altura, algo raro sucedía en la cabina. De pronto, se oyó un «boom»… y el avión parecía perder altura…

Súbitamente, Adil se despierta aturdido en su cama y diciendo: «¡Estoy vivo, estoy vivo!»

Rápidamente se levantó para dirigirse al lavabo y darse una ducha. Tenía que estar en su despacho a las nueve y media. Algo le pasó aquella noche… Estaba tan cansado que no oyó el despertador. Eran las diez y media cuando llegó a la oficina donde trabajaba de contable. El jefe del departamento donde trabajaba le miró de reojo y le dijo:

—¿Pero qué te ocurrió hoy?

—Lo siento, jefe, pasé una mala noche y el despertador, por cualquier razón, no me despertó —contestó él.

Sentado en su despacho, saca del cajoncillo de su escritorio unos cuantos folios que había escrito antes, en su tiempo libre. En la primera página se podía leer:

La noche del Adiós

Se asomó una vez más a la carretera fría y húmeda para buscar no sabe qué. Era pasada la una de la madrugada. La noche aparecía tan larga que las horas se volvían de piedra y caían sobre su pecho para dejarle sólo unos soplos de aire para respirar. La plaza de Washington Square estaba algo en calma y se oían sólo unos pocos coches que pasaban rápidamente sin dejar rastro en los charcos de agua. Y la oscuridad prevalecía a pesar de las luces blancas de las viejas farolas que se reflejaban en la calle para crear una imagen de un lago que cubría toda la plaza. Los estudiantes de la New York University que inundaban la plaza durante el día ya no se dejaban ver tanto a esa hora. «Probablemente estarán estudiando en sus apartamentos», pensaba en alto. ¡Cuántos recuerdos le trae esa plaza!

Hace más de dos años que Adil empezó a escribir esta novela que no ha acabado aún. Se quejaba del poco tiempo del que disponía, y las intensas jornadas de trabajo que no le dejaban escribir. Y cuando llegaba a casa después del trabajo, le esperaba también otra responsabilidad con su familia y su casa.

De vez en cuando tenía un poco de tiempo para sí mismo, y por fin lo dedicaba a la escritura. Así es como escribió todos esos relatos que guarda ahora en su mesita de noche. Este último relato parecía llevarle más tiempo, y las angustias de acabarlo le ocupaban la mente mientras que sus sueños se enlazaban con esos relatos.

«Algún día los publicaré», pensaba Adil mientras tecleaba en su ordenador.